

Cartas a Theo

Vincent van Gogh



EDICIONES DE BOLSILLO. EDS. BARRAL Y LABOR, 1982

El 29 de julio de 1890 en un campo de trigo de Auvers sur Oise, van Gogh se disparó un tiro en el pecho; en uno de los bolsillos del cadáver figuraba, incompleta, la última carta a su hermano Théo. Estas cartas, escritas durante más de 20 años, han sido recogidas en libros, de las que extraemos a continuación algunos párrafos que hacen referencia a los bosques, los árboles y la naturaleza. Van Gogh demuestra ser un extraordinario escritor y aporta al tema su peculiar enfoque pictórico.

Abril 1882

Es muy curioso que tú y yo parecemos a menudo tener las mismas ideas. Tanto es así que regresé ayer por la tarde con un estudio del bosque, y precisamente esta semana he estado muy preocupado por esta cuestión de la profundidad del colorido. Yo no sé si nos hemos impresionado exactamente por la misma cosa, pero sé muy bien que lo que me ha golpeado especialmente tu mismo lo habrás sentido igual y quizás visto de la misma manera.

El bosque se va volviendo ya demasiado otoñal y tiene efectos de color que sólo he encontrado muy raramente en los cuadros holandeses.

Me ocupé ayer por la tarde de un terreno cubierto de árboles, algo en pendiente y cubierto de hojas de haya apolilladas y secas. El suelo era rojo-marrón, de pronto más claro, de pronto más oscuro, a causa, principalmente de las sombras de los árboles, que arrojaban líneas, ya débiles, ya fuertes o esfumadas a medias..

Porque uno no se puede imaginar un tapiz tan admirable como este pardo-rojo profundo en el ardor de un sol del crepúsculo de otoño, atemperado por las ramas.

De ese suelo surgen las jóvenes hayas, que captan la luz de un costado y son de un verde centelleante, y el lado oscuro de esos troncos es de un verde negro cálido y potente.

Detrás de esos pequeños troncos, detrás de ese suelo pardo-rojo, hay un cielo, muy fino, azul-gris, cálido, casi sin azul definido, centelleante. Y debajo hay un borde nebuloso de verdura y una redecilla de pequeños troncos y de flores amarillentas. Algunas figuras de recogedores de leña vagan como conjuntos sombríos de sombras misteriosas.

Te describo la naturaleza y yo mismo no sé hasta que punto he

podido reproducirla en mi croquis, pero sé muy bien cuánto me ha impresionado por la armonía de verde, rojo, negro, amarillo, azul, pardo, gris.

.....
 Pero al instante, muy alto, allá arriba, praderas infinitas como el desierto, que se siguen las unas a las otras, aparecen formadas de inmensas masas de nubes, y el viento golpea de pronto contra la hilera de las casas de campo con sus ramilletes de árboles del otro lado del canal, por donde pasa el negro camino ceniciento. Eran soberbios estos árboles: casi diría que había un drama en cada figura, es decir, en cada árbol. Y a pesar de todo, el conjunto era casi más bello que estos árboles atormentados, considerados cada uno intrínsecamente, precisamente porque el momento era tal que hasta esas absurdas y pequeñas copas tomaban un aspecto extraño, mojados por la lluvia y zamarreadas por el viento.

Sí, para mí, el drama de la tempestad de la naturaleza, el drama del dolor de la vida, es en verdad el más perfecto. El "Paradou" es bello, pero Gethsemaní es más bello aún.

.....
 Aquí todo posee una belleza perfecta como a mí me gusta (se refiere a Amsterdam). Quiero decir que aquí está la paz.

Encuentro algo más bello lo trágico; pero esto trágico está en todas partes, mientras que aquí no son solamente efectos de van Goyen los que se encuentran. Ayer he dibujado algunos troncos de encinas podridos, llamados troncos de turba (son encinas que han quedado enterradas quizás un siglo bajo la turba, y que a su vez han formado una nueva capa de turba; cuando se cava se descubren).

Estos troncos se encuentran en un charco, en el lodo negro.

Algunos, negros, se encuentran bajo el agua, en la cual reverberan;

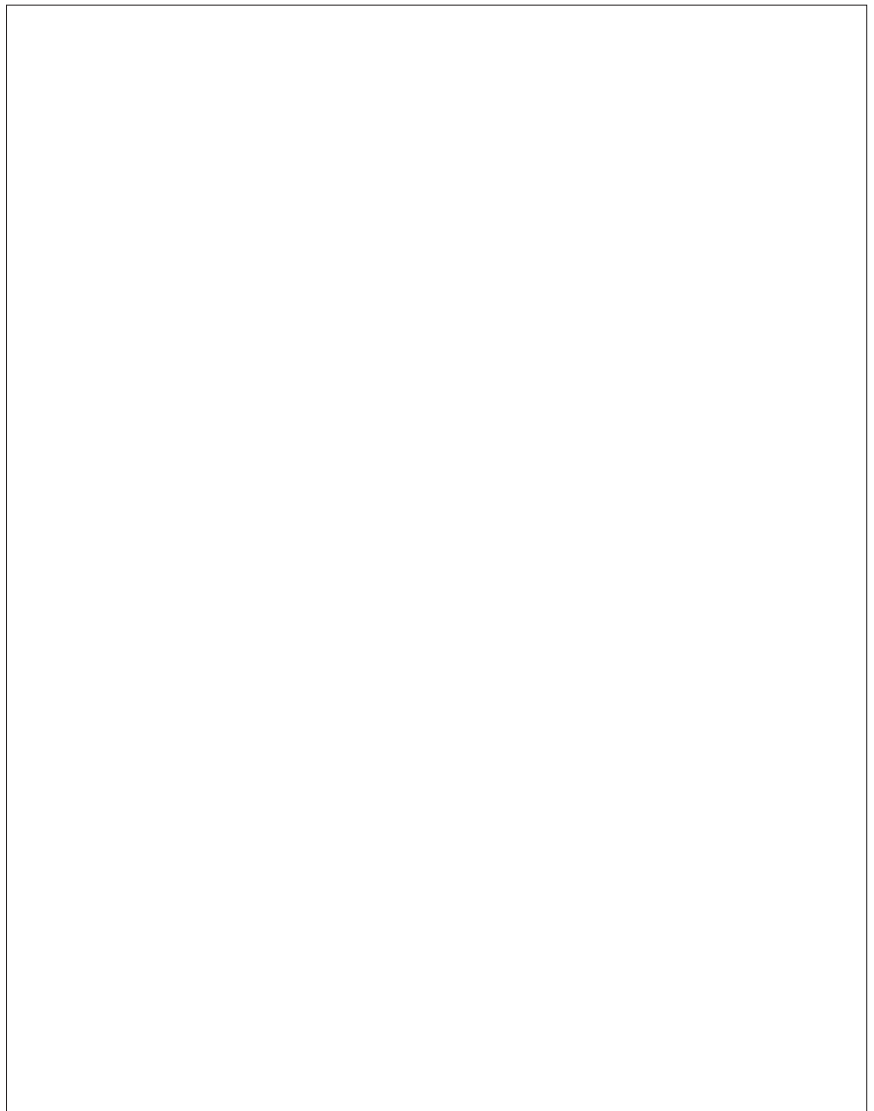
otros, descoloridos, sobre la negra llanura. Este charco en el cieno con sus troncos podridos era tan completamente melancólico y dramático como Ruysdael, como Jules Dupré.

.....
 En el musgo, tonos de un verde de oro; sobre el suelo, de un lila grisáceo oscuro tirando al rojo, el azul o el amarillo, tonos de una pureza inefable en el verde de los campos de trigo; tonos negros sobre los troncos húmedos contrastando con la lluvia de oro, retorcidas y agostadas que, como pelucas deshechas sobre las cuales se hubiera soplado, colgaban de las ramas de los álamos, de los abedules, de los tilos, de los manzanos, apenas adheridas y dejando pasar igual la luz del cielo.

(../...) Cuando cayó el crepúsculo representáte en ese momento una pequeña avenida de altos álamos con sus hojas de otoño, representáte un camino de lodo, enteramente en lodo negro, con la floresta infinita a la derecha y a la izquierda. Y entre ese montón de lodo, un personaje hirsuto, el pastor, un tropel de cosas en forma de huevo, medio de lana, medio de barro, que se empujan en masa, se aprietan -el rebaño.

(../...) Este día transcurrió como un sueño; había estado sumergido de tal modo toda la jornada en esta música punzante, que literalmente me olvidé de comer y beber.

A partir de las siete de la mañana estoy sentado delante de algo que,



84 Rincón literario

Cartas a Théo

sin embargo, no es gran cosa; un macizo de cedro o de ciprés en bola plantado en la hierba. Ya conoces este macizo de bola, ya que tienes un estudio del jardín.

El macizo es verde; algo bronceado y variado.

La hierba es muy, muy verde. Veronés limón; el cielo es muy, muy azul.

Un fúnebre ciprés muy negro se levanta allá arriba y algunas figuritas coloreadas se balancean sobre un sendero rosa.

.....

Creo que te gustará la caída de hojas que he hecho.

Son los troncos de álamos lilas, cortados por el marco allá donde comienzan las hojas.

Estos troncos de árboles como pilares bordean una avenida donde están, a derecha e izquierda, alineadas tumbas romanas de un lila azul. Luego el suelo está cubierto como de un tapiz por una capa espesa de hojas anaranjadas y amarillas caídas.

.....

¡Ah... mi querido Theo, si vieras los olivos en esta época!...El follaje de plata vieja y plata verdeante contra el azul. Y la tierra labrada, de un tono anaranjado. Es algo muy distinto de lo que se piensa en el Norte. ¡Algo tan fino, tan distinguido!

Es como los sauces de nuestras praderas holandesas o los macizos de encinas de nuestras dunas; es decir, que el murmullo de un vergel de olivos tiene algo de muy íntimo, de inmensamente viejo. Es demasiado bello para que yo me atreva a pintarlo o pueda concebirlo. El laurel rosa es algo que habla de amor y es hermoso como el Lesvos de Puvis donde estaban las mujeres a la orilla del mar. Pero el olivo es otra cosa; es, si se lo quiere comparar a algo, de Delacroix.

Dos estudios de cipreses de este difícil matiz verde botella. He

trabajado en ellos los primeros planos con empastamiento de blanco de albayalde, lo que da firmeza a los terrenos.

Los cipreses me preocupan siempre; quisiera hacer algo como las telas de los girasoles, porque me sorprende que nadie los haya hecho todavía como yo los veo. En cuanto a líneas y proporciones es bello como un obelisco egipcio.

Y el verde es de una calidad tan distinguida.

Es la mancha negra en un paisaje lleno de sol; pero es una de las manchas negras más interesantes, de las más difíciles de captar exactamente que pueda imaginar.

Creo que de estas dos telas de cipreses, aquella de la cual te mando el croquis será la mejor. Los árboles son muy grandes y macizos. El primer plano muy bajo con zarzas y malezas. Detrás de las colinas violetas un cielo verde y rosa con una luna creciente. El primer plano sobre todo está muy empastado, con mechones de zarzas que tienen reflejos amarillos, violetas y verdes.

.....

Tengo aún de allá un ciprés, con una estrella, un último ensayo -un

cielo de noche, con una lluvia sin resplandor, apenas el delgado creciente emergiendo de la sombra opaca proyectada por la tierra-, una estrella de resplandor exagerado, si te parece, resplandor suave de rosa y verde en el cielo ultramarino donde corren las nubes. En lo bajo, un camino bordeado de altas cañas amarillas, detrás de las cuales están los Bajos Alpes azules, un viejo albergue con ventanas iluminadas y un ciprés muy alto, muy recto, muy sombrío.

.....

En tanto que mi espíritu estaba completamente falto de asiento, habría sido en vano que hubiera intentado escribirte para responder a tu buena carta. Hoy acabo de regresar provisionalmente a mi casa; espero que será de veras. Hay tantos momentos en los cuales me siento completamente normal,...Bueno, en suma hay tantos pintores que están tocados de una manera o de otra que poco a poco me consolaré.

Nota: Las ilustraciones no corresponden a los cuadros comentados por Van Gogh